Cuentos inéditos

Luis Carlos Agudelo Patiño

(1968 - 2017)
Ingeniero Forestal de la Universidad Nacional de Colombia. Especialista en Ordenación del Territorio de la Universidad Politécnica de Valencia, España. Doctor en Urbanismo, Territorio y Sostenibilidad de la misma universidad. Fue profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Acreedor de varios reconocimientos por sus trabajos investigativos y de extensión. Autor de diversos artículos y libros relacionados con el ordenamiento territorial de la ruralidad y la sostenibilidad ambiental urbana.

Fantasma

Estás por todas partes
te respiro, veo tu sombra.
Tu olor me llega
tu voz salta desde el silencio
y me susurra
no te has ido, sigues aquí;
y ya no sé si lamento más el no tenerte conmigo o
el que no te hayas marchado nunca.
No sé si me duele más tu ausencia
o esta
tu presencia sin cuerpo, sin forma
sin piel
tu olor sin aroma
tu sombra sin luz
tu voz seca, sin saliva
tu amor sin tu presencia
no le sirve de nada a mi amor por ti
Estás por todas partes
y me alegra
Estás por todas partes
y lloro para que regreses
y entonces

el dulce fantasma de tu recuerdo
me visita
tu fantasma se alimenta
de mi amor
por eso que sigues aquí
y estás
y no tengo dudas ni esperanzas

28 de febrero de 2008

Yesterday I

Los días se deslizaban por el calendario tan vertiginosamente como lo hacen los trenes sobre los rieles… y las vacaciones.

No quedaba ya mucho tiempo de sol y quebradas y paseos de todo el día a cualquier lugar, la escuela reclamaba nuestra presencia… la inexorable.

Pero mientras tanto, quedan algunos días y varias tardes y otros tantos trenes y dos o tres lugares olvidados en el mapa de las pilatunas infantiles. Así fue, así era ¡Qué mágica infancia, qué elixir de vitalidad la inocencia! Qué ancho y hermoso y desconocido mundo… el pequeño. ¿Quién derrumbó las murallas de la entrañable ciudad de aquellos días? ¿Quién llamó a nuestra puerta para advertir que la escuela, que no termina, nos reclama, de nuevo… la inexorable, la adulta edad de los adultos que no sueñan?

Diciembre de 1999

Emigrantes I

Entonces emprendimos el viaje a la ciudad de New Way, el reino de la tranquilidad que allá no encontrábamos. Tras varios días de cruzar por caminos, páramos, desiertos y valles, de vadear ríos y navegar extensos lagos, pequeños mares siempre al norte, nos encontramos frente a una gran muralla que, según no dijeron, solo podían cruzar las ratas. Al otro lado, se nos dijo, reina la tranquilidad y corren ríos de leche y mieles.

Entonces fue necesario hacernos ratas. A cambio de nuestras pequeñas fortunas, amasadas con sudor y lágrimas en la tierra enferma de donde venimos, a cambio digo, de este miserable y preciado único botín, un hombre sabio y experto nos hizo la mutación y aquí estamos.

Vivimos en una oscura, silenciosa, tranquila y a veces, solo a veces, concurrida madriguera, con otras ratas; todas cruzamos la muralla de la misma forma.

Los dueños de la ciudad amurallada nos tratan bien, se trabaja y se come; también hay tiempo para la diversión: de cuando en cuando envían algunos gatos a perseguirnos… es un juego… el ratón no siempre gana. Otras ratas llegan diariamente, algunas regresan y se hacen hombres de nuevo, desgraciados pero libres, dicen… como si aquí no se pudiera escoger libremente una cueva… bueno, al menos hasta que el gato venga y el juego empiece otra vez.

No regresaré a la tierra maldita, nadie me reconocería con este pelaje, más nuevas orejas y esta larga cola; además, allí no hay buen queso.

Enero de 2000

Emigrantes II

IK
Expulsado de su mundo por pensar en público en contra del monarca que desde veinte mil años atrás dirigía la suerte, la desgracia pensó, de su gente, la nave de su destierro, un disco de cuatro metros de diámetro, concluyó su trayectoria parabólica en una fría roca, la tercera en la órbita de una diminuta estrella, a más de cinco mil años luz de su hogar.

Cuando despertó sus músculos comenzaron a sentir que la espesa sangre violenta invadía con tibieza las hasta entonces congeladas venas. Los cuatro pares de brazos fueron los primeros en recobrar el movimiento, luego lo hicieron las cuatro piernas y, por último, el fino cuello y la bien articulada cabeza se incorporaron para dirigir la excretante mirada de tres pequeños ojos y explorar alrededor.

Seguidamente, de pie, abrió una escotilla y se encontró frente al monitor de su nave, una especie de gran pantalla de televisión que se encendió de súbito ante el ingreso del tripulante a aquel estrecho compartimento. IK interrogó a la máquina en su idioma, le preguntó por el lugar en que se encontraba, si estaba en peligro y si había cerca algo que pudiera comer.

El monitor dejó escuchar, en el idioma del planeta al que había llegado, las respuestas a cada pregunta:

—Estás en el planeta Tierra, localizado en los suburbios de una joven galaxia conocida en este lado del universo como Vía Láctea, la misma que nosotros llamamos Uranio. Según mis registros, una especie de grandes animales que respiraban oxígeno dominó todo el planeta por una fracción de tiempo, pero la gran tormenta galáctica oscureció un instante su sol y todos murieron de hambre. Hace poco menos, vinieron otros seres que alcanzaron cierto grado de civilización y tecnología, hemos hallado sus naves vagando sin destino; se cree que de algún modo oscurecieron nuevamente su sol y otra vez el hambre los exterminó. Como entenderás estás en peligro, aquí no hay nada que puedas comer, de modo que si te quedas, morirás de hambre como los terrícolas.

—¿Existe otro sitio al que pueda ir? –insistió angustiado IK, que se paseaba por el angosto recinto sosteniendo, con un par de brazos, su prolongado abdomen.

—Buscaré –respondió la máquina.

IK, que de pies alcanzaba a medir tres metros, observaba atento la pantalla mientras, nerviosamente, se frotaba las seis manos restantes. Con su pequeña trompa se lamía el borde de las orejas, una a cada lado de la cabeza cerca de los ojos; pudo ver miles de imágenes que rápidamente pasaban, una tras otra durante varios minutos. De nuevo, la máquina le habló:

—Me temo que no tienes muchas opciones –le dijo– deberás dirigirte a la estrella Sirio en esta misma galaxia; allí vive un terrícola que alcanzó a huir de la última extinción, su hogar está en un planeta como este, el quinto en órbita. Él te estará esperando, deberás relatarle todo cuanto te ha acontecido desde tu destierro. Y jamás intentarás regresar a Kurdan.

De nuevo en su cámara IK durmió, yo mismo lo desperté para escuchar de su propia voz lo que aquí he escrito. Han pasado ya más de tres mil años desde entonces y solo hasta ahora IK ha decidido regresar a su planeta. Corren rumores de la muerte del tirano a manos de un extraño invasor que con solo dos brazos puso fin a la vida del gobernante. Nadie sabe de dónde llegó aquel formidable guerrero, pero todos coinciden en que a partir de ahora Kurdan ya no será el mismo.

Conversatorio alrededor del féretro

—Pobre viejo. ¿Te acordás la Navidad pasada? Habló hasta por los codos y creo que hasta tomó aguardiente.

—¿Hasta tomó? Si no paraba. Ahora viejo era que ya no lo probaba, ¡pero muchacho! ¡Se la pasó en una sola borrachera! ¡Decímelo a mí que fui vecina de ellos toda la vida!

—Sí, pero tampoco; él sí fue tomadorcito pero siempre muy responsable, fijate cómo levantó toda esa ralea, siete hijos y la mujer que no ha sabido qué es darle un golpe a la tierra.

—¿Qué no? Te parece poquito trabajo bregar siete buchones, ¡claro!, ¡como vos no sabés qué es eso!

—Bueno, bueno, calláte a ver que ya va a empezar la novena.

En el nombre del padre, del hijo…

Pasa el rezo, se siente el aroma de tantas flores y perfumes de mujer, huele a muerto, muchas voces y pocos gritos y lágrimas, parece un velorio feliz.

"Él siempre fue muy sano, nunca gustó de médicos o tomar remedios, si alguna vez se tomaba una pastilla era porque se veía ya muy enfermo. Por eso me dio mala espina cuando lo vi el viernes por la tarde buscando una aspirina". "Me duele la cabeza" –me dijo–. "Vamos al Seguro, viejo". "No exagerés, que con esto se me quita".

"Es Magdalena, ¿con quién hablará?... está con las vecinas y Luis y don Elkin, seguro que trajeron a los niños y a la mayorcita que se les veía la aburrición por encima. ¿Qué hace la gente joven en un velorio?".

"Es que yo que trabajé con él veinte años no me acuerdo nunca de haberlo visto enfermo, ni de gripa siquiera, a ese no lo tumbaba ni el guayabo".

"Pero él sí se puso mal cuando la operación". Ya empezó Flor.

"Mal no, lo que pasa es que esa es una operación muy delicada y él no se cuidaba, casi lo tienen que volver a rajar".

"A todos nos va llegando el día, eso es cierto Inés, de pronto soy yo el que sigo".

"A lo mejor, ya estás mayorcito y más enfermo que yo".

"Llegaron los muchachos… ¡qué gritería!".

"Si lo ves está como dormidito, seguro que ya está en el cielo con los angelitos".

"¿Sí mami?".

"Claro hijo, no ve que su abuelito era muy bueno".

"Papá, váyase tranquilo que yo cuido a la viejita, ella sin usted seguro que también va rapidito. Beto vení, miralo, tranquilito como siempre, menos mal que no sufrió mucho".

"Bendito sea Dios, vamos a hacer otra novenita…".

No han parado de hablar y de rezar. Cuando me estoy quedando dormido alguna vieja chismosa, o mi mujer, o mis amigos, o mis hijos, me despiertan con tanta historia contada a medias. Me habían dicho que los muertos escuchan todo y es una desgracia, no se puede descansar en paz con tanto ruido.

El día celestial de todos los fantasmas

—No creo en fantasmas, ni en brujas, ni en espíritus; no creo en el regreso de los muertos, ni en sus almas… Que el que se va no vuelve y que el fin es la muerte ¡y ya no más! ¿No les basta con una vida ya bien larga y bien jodida? Dejá a los muertos en paz y ponete a hacer algo por los vivos. Mirá, te vas a ir y ni siquiera has hecho el desayuno.

La retahíla de don Baltazar se desvanecía a medida que Teresa, su mujer, se alejaba por el pasillo.

—No me demoro –gritó interrumpiendo el extenso reclamo de su marido, al tiempo que cerraba con fuerza la puerta de la casa

Don Baltazar, un músico jubilado, se quedó en el cómodo sillón dominical acariciando su clarinete y ojeando la prensa del día. Como siempre, no se levantaría más que dos o tres veces para ir al retrete a liberar su obesa humanidad de los restos del banquete del día de descanso.

Después de que Teresa salió refunfuñó un rato más, y sentenció antes de dormir una siesta.

¡Que el que se va no vuelve más, y punto!

Teresa asistió puntual a la cita. Mireya, Celsa y Consuelo, sus amigas de antaño, la esperaban. El encuentro fue en el hall de la casa de Pastora, la espiritista, la que había conseguido, según dicen, que don Rafa, el difunto marido de Tulia, le revelara el sitio en el que había dejado enterrados sus ahorros de toda la vida.

La misma Pastora, cuentan quienes conocen, era experta en encontrar perdidos, en ligar amores eternamente, en sacar maleficios y en predecir al futuro leyendo el cigarrillo, la taza de café o de chocolate y las cartas. Pero la cita de aquel día era diferente, Celsa, recientemente viuda, quería, por intermedio de la espiritista, hacer que su marido le revelara los misterios del más allá, tal y como se lo había prometido en vida.

Para facilitar la invocación, la mujer llevaba consigo la flauta del finado, la que no abandonó ni a la hora de la muerte, su boina, su camisa favorita, un antiguo reloj de oro y a sus tres mejores amigas, las mismas que tanto apreciaron y conocieron a don Fidel, el flautista, como se le conocía.

—Sigan –invitó Pastora ya ataviada con un traje negro, con lunas plateadas de todos los tamaños, y en el torso y los brazos con estrellitas de colores. Era ciertamente una mujer misteriosa, morena y de ojos verdes; estaba descalza. Ordenó a las invitadas que se despojaran de sus zapatos, carteras y joyas antes de ingresar, en completo silencio, para ocupar, en orden estricto, las sillas de madera rústica dispuestas en torno a la mesita tendida con un mantel de lino blanco.

El recinto cerrado por una gruesa cortina oscura estaba, además, perfumado. Tres filas de velas, ordenadas según el tamaño, iluminaban cada una de las paredes del cuarto. Las velas rojas estaban en la pared verde del fondo, las otras dos filas, de velas azules, se disponían a lo largo de las paredes del mismo color. Todas se inquietaron por la decoración, pero ninguna se atrevió a preguntar, estaban lo suficientemente asustadas y preferían guardar silencio y esperar atentas las ordenes de la médium.

—Primero invocaremos a don Fidel. Cuando esté entre nosotros preguntaremos y él responderá con la güija; cuando esto ocurra, usted señora, indicó señalando a Celsa, anotará cada letra y repetirá en voz alta el mensaje, así Fidel sabrá que le hemos entendido, no podemos verlo pero él estará aquí, de pie, en la pared del fondo, mirándonos. No deben hacer ruido; él estará muy tranquilo y muy feliz, sé de buena fuente que hoy hay una fiesta en el más allá, es por eso que este día es muy oportuno. En esta fecha del 15 de marzo los fantasmas tienen la oportunidad de comunicarse con los vivos, a condición de que sean sus conocidos y seres queridos, no temerán.

Sentados a la mesa, cada uno en su lugar, Pastora instruyó:

—Tómense de las manos, vamos a invocar… Fidel, Fidel, –repetía la médium– sé que estás aquí, hoy tienes permiso, ven a hablar con nosotros, Celsa la mamita, cumple tu promesa, Celsa está aquí.

—Ahora usted doña Celsa.

—¿Y qué digo?

—¡Llámelo, háblele!...

—Fidel mi viejo, qué bueno que vinieras y hablaras con nosotros… [silencio].

La güija estaba puesta en el centro de la mesa. Era una tabla lustrada de madera fina, bien pulida con forma de porción de pizza; tenía grabadas las letras del alfabeto y los dígitos del 0 al 9. Una lupa deslizante se detendría por menos de medio instante en cada letra y número. Celsa anotaba impaciente cada símbolo.

—Aquí estoy cumpliendo mi promesa; –repitió ansiosa la mujer después de un breve lapso, anotando letras. Las cuatro mujeres, atemorizadas, observaban aquella asombrosa comunicación; solo Pastora conservó la calma y guardó absoluto silencio.

Fidel ya presente, desde su invisibilidad, marcó letra a letra, palabra a palabra, frase a frase, detalles del más allá.

"Esta en verdad no es otra vida, es la vida misma, el tiempo aquí transcurre a la perfección, los segundos y los minutos y los días duran lo necesario jamás hace falta el instante que nunca ocurre en la vida pasada.

El cielo es un lugar sin fronteras, lo habitamos dos grupos de fantasmas, aquellos que están un poco más allá, los que nunca regresarán a sus estados anteriores, y nosotros, los próximos, que aguardamos un llamado que tarde o temprano escucharemos. No se puede decir que seamos felices, esa es una emoción ajena para las fantasmas que simplemente vivimos.

Solo la música es igual a todos los mundos paralelos… no he dejado mi flauta, hago parte de la sinfónica de los fantasmas próximos y este es un día de fiesta, el día celestial de todos los fantasmas.

Ya debo irme, esperamos un nuevo clarinete y debo acomodar un inmenso sillón en el escenario para él, debe ser muy obeso.

Les agradecería no volver a molestarme, espero no estar aquí para la próxima fiesta, he oído que en el más allá escanean los buenos músicos y yo soy uno, ¡adiós!".

Celsa leyó entre sollozos el relato que había confeccionado. Las mujeres lloraron conmovidas, abrazadas, mientras Pastora, muy satisfecha, las despidió con un socarrón "¡hasta pronto!".

Teresa recogió el reguero, se despidió de sus amigas y se alejó susurrando "Baltazar no me lo va a creer".

El portal

Que sí, que en verdad le van a abrir el bache a la montaña. ¿Y eso por qué? ¿Qué ganan con eso? ¿Qué van a sacar de allá? ¿Será que hay oro? Mi abuelo me decía que esa montaña era puro oro… Pero que el oro se escondía abajo, muy abajo siempre que venían por él. Ahora sí le llegó la hora, porque con esas máquinas que trajeron pueden bajar hasta los mismísimos.

¿Las vieron? tenían como unos chuzos largos y afilados, por lo brillantes digo, y esta con unos como brazos con manos y todo.

No sean tan pendejos. No es pa' sacar nada, al contrario, van a meter para carretera entre la montaña. Un túnel, como el del otro lado. Todas esas máquinas, toda esa gente, todo ese ruido y todo el alboroto es por eso. Pero hombre Esteban, perdóneme pero más pendejo es usted. Si abren un túnel tienen tres días para sacar, y si encuentran oro no lo van a dejar ahí tirao. Pues claro hombre –replica Esteban– puro oro, es oro lo que buscan. El progreso. Me entiende, progreso.

Pues a progresar se dijo. Entremos ya a la montaña a ver cómo es que nos va a cambiar la vida. Como dice el aviso ese grande que pusieron en El Tambo.

Espera Tulia –dice Esteban– lo que me han dicho los del grupo ecológico es que si hay túnel no hay agua.

Relatos breves

¡Salten! —El oso—

Era el primer día de las vacaciones de junio. Como cada tarde, nos reuníamos en la esquina, después de almorzar, pero ya sin la carga de una mañana de clases y sin el afán de las tareas para el día siguiente. En vacaciones, tampoco tenía lugar la persecución vespertina de las madres para llevarnos temprano a la casa, a la cama… ¡no había que madrugar! Así, la tarde, la extensa tarde

se presentaba ante nosotros como un lienzo, como una hoja en blanco, como un espacio de horas para llenar de historias que contar algún día. Claro que nuestro afán de entonces no era contar historias, sino vivir, vivirlas.

Un vértigo, una excitación nos invadía y los planes se atropellaban: al cerro, a la quebrada, al estadio, al tren; sí, al tren, ¡vamos al tren!

¿Al tren? Sí, y llevemos pantaloneta. Nos bajamos en Candó y regresamos en el tren de las seis. A las siete ya estaremos en la casa. No hay ni que pedir permiso. Vamos ya. Así como estamos, que si no, nos deja el tren de las dos.

Por aquellos días pasaban por la estación local, cada dos horas, los trenes de carga que regresaban de la ciudad, a cargar de nuevo al Magdalena. Estos trenes, con muchos vagones vacíos y abiertos, eran propicios y gratuitos para una aventura de vacaciones. Desde luego, habría que evadir la vigilancia de la estación y la del tren: un hombre hábil que en pleno movimiento viajaba entre los vagones saltando y revisando que no hubiera polizones. Superado el control en la estación. Hoy siete viajeros ocupamos un vagón que al parecer habría descargado maíz, a juzgar por los restos de grano y las ratas que se ocultaban, como nosotros, con miedo de ser vistas.

El viaje duraría unos cuarenta y cinco minutos, entre la estación de embarque y el sitio de Candó, donde no había estación pero un paso a nivel daba la oportunidad a los viajeros clandestinos de bajar y subir sin ser vistos. Cerca de Candó esperaban aguas frías y cristalinas en la quebrada del lugar: un verdadero balneario, un lugar concurrido por muchachos como nosotros, sedientos de aventuras y completamente vivos.

Ya estábamos cerca del desembarque cuando cayó del cielo, súbitamente, en realidad del techo del vagón, el vigilante. Un hombre robusto, alto, moreno y con apariencia de oso.

—¿Para dónde van?–preguntó con una voz demasiado dulce para el cuerpo que tenía.

Nadie atinó a responder.

—Se van a bajar en Candó, supongo.

Creo que contestamos “en coro” sin musitar palabra. El mayor de los siete tendría doce años.

—Les informo que hoy el tren no va para allá. Va a seguir derecho hasta el Puerto.

Agua fría cayó sobre nuestros planes de una cálida tarde. ¿Qué hacíamos? El hombre desapareció como llegó.

—Voy a preguntarle al maquinista qué hacer con ustedes, guevaratos.

Creo que todos lloramos. La idea de ir más allá de las fronteras que conocíamos nos aterrorizaba. Unos minutos después el hombre regresó. Con la misma voz, pero esta vez matizada con un tono de lástima, dijo:

—Pueden ir con nosotros hasta el Puerto, allí duermen en el tren, mañana regresamos.

El llanto colectivo fue ya evidente.

—Esperen, no lloren, el maquinista debe bajar la velocidad para cruzar la vía en Candó. Cuando eso pase ¡salten!, ¡salten! O se van hasta el Puerto.

No había tiempo para pensar, debíamos saltar, nos dispusimos, tres en una puerta, cuatro en otra puerta del vagón… esperamos en silencio, sollozando creo. El tren comenzó a bajar su velocidad como para detenerse, pero sabíamos que no se detendría. Un grito, otro, saltamos, caímos.

El tren se detuvo como de costumbre. Lo advertimos al salir maltrechos y heridos de los matorrales espinosos.

El vigilante, el oso, reía como loco sentado en el techo del último vagón.

Aquella tarde no regresamos en tren. Volvimos a pie por la carrilera. Nunca más en esas vacaciones esperamos al tren.

Marzo - 30 de abril de 2014

Colección: fauna humana: naturaleza humana

¡Callen esos pájaros! —Loros—

En medio de su ya extenso discurso irrumpió súbitamente un grupo de loros silvestres que gritaban en los jardines circundantes. La ruidosa onda subía el volumen a cada instante al punto que, para cuando se produjo el receso, ya era difícil captar la voz del orador. Transcurridos unos minutos, la mitad del auditorio prestaba toda la atención a los recién llegados. La audiencia, y el orador mismo, terminaron por integrarse a la escucha del escándalo de las aves.

Por unos segundos el auditorio completo, el orador y las aves guardaron silencio, como si se tratara de una tregua pactada, tácita. El orador se anticipó a las aves, lo intentó al menos; gritó con voz muy enérgica: callen esos pájaros. La audiencia completa rio a carcajadas mientras las aves subían el tono de sus gritos como retando al pretencioso.

Una voz serenata en medio de risas, grito y ruido de aves, atinó a preguntar: ¿Y cómo?

Las carcajadas tomaron un segundo aire. Este enojado profesor respondió la pregunta más difícil de su vida, antes de abandonar el aula y dar un portazo

¡Y yo qué sé! Terminaré aquella tarde la clase de ornitología.

Marzo de 2014

El candidato

Se levantó, como de costumbre en los últimos tres meses, a las cinco de la mañana. Llamó por teléfono a su mujer, como de costumbre, cada vez que despertaba en otro lugar que no fuera su casa. La llamó y luego avisó a sus escoltas de su inminente salida a ejercitarse: una caminata de media hora por calles diferentes cada día, según recomendaba el protocolo de seguridad. Salió tras beber un vaso de jugo de naranja servido desde la noche anterior.

Cerró el portón del hotel y sintió el frío de la mañana, un frío invernal que casi le dolió. Caminó de prisa, muy de prisa buscando calentarse. Se detuvo, miró por encima del hombro, notando la cercanía de la escolta y reanudó la marcha; dobló la esquina y tomó por una calle paralela el camino de regreso al hotel.

Reconfortado por el ejercicio reunió a los dos hombres que lo acompañaron, cruzó el portón, tomó la prensa del día anterior, aún en el hall, y siguió a la suite que se había adaptado especialmente para él. Quiso dormir un poco más, como de costumbre en toda su vida, pero recordó que ahora era candidato. Candidato, quién iba a decirlo. Debía madrugar, dar ejemplo, cuidar su imagen, su reputación… su vida pertenecía ahora a la voluntad popular. Su vida había trascendido el valor convencional que tiene la de cualquier hombre; ahora debería cuidarla más que nunca. Era candidato, no podía dormir hasta tarde. Por primera vez sintió el peso de su nueva condición humana, experimentó una inmensa sensación de soledad. Se sentó en la inmensa cama, se quedó dormido en contra de un discurso, de su voluntad. Despertó sobresaltado. Se encontró en su casa, en su cama, al lado de su mujer.

Recordó con dolor el fracaso en las elecciones, se sintió aliviado y triste. Miró el reloj, se sentó en la cama y respiró profundo. Se incorporó, revisó mentalmente su agenda del día, la encontró vacía. Volvió a la cama, durmió de nuevo. Despertó otra vez con sobresaltos, la prensa del día anterior sobre el pecho. Se sentó en

la cama, repasó su agenda atiborrada. La ducha, tomó un desayuno ligero en la habitación y se dispuso a partir al sitio de votación. Era el día de elecciones y el sueño premonitorio lo inquietaba. Llegó al puesto de votación, soportó las luces y las cámaras, tomó el voto y lo depositó con una marca clara sobre el logo y el número de uno de los dos candidatos.

Revés

¡Vaya puto día de mierda!

Apenas me levanto y ya empezaron los problemas, pensé que podría descansar un rato más pero el teléfono sonó insistente y no tuve más remedio que contestar: me necesitaban con urgencia en el trabajo. Un asunto pendiente del día anterior se precipitó y no hubo más remedio que llamar al directo responsable, yo.

Salí de casa apurado, busqué con insistencia las llaves del carro y en el último momento, decidido ya a tomar un taxi, me topé con el llavero y bajé al garaje. Ya en la vía, carros, motos y bicis, peatones con perros, ancianos… todos parecían orquestar un complot para retrasar mi suicidio. Los semáforos en rojo complicándome también. Media hora después de lo previsto llegué a la puerta de mi despacho. Me esperaba mi jefe, la secretaria y un apreciado cliente que me saludó con gesto desencajado.

—¿Qué pasó con el pedido? –reclamó en tono airado mi jefe.

—Tenemos a este señor aquí con una queja sobre el servicio. Un mes, un mes y su pedido no llega.

—Ayer los despachamos –respondí ya avergonzado.

—Es tarde, replicó el cliente, ayer mismo he cancelado mi solicitud y he demandado el pago de la póliza de cumplimiento. Recojan el pedido y sepan que han perdido un cliente.

Dicho esto se incorporó y salió de la oficina dejándonos con un portazo sonoro, encerrados; encerrados con una fiera.

—Entenderán que esto tiene consecuencias. Usted y usted Jimena deben salir de la empresa. Recojan sus cartas de despido en presidencia. Con el estómago revuelto recogí unas cuantas cosas del escritorio, tomé mi chaqueta y salí del despacho derecho a presidencia.

—Qué pesar Juanito –apuntó la secretaria de gerencia–. Nos va a hacer mucha falta.

Tomé el ascensor sin pronunciar una palabra. Bajé al hall y salí mudo a la calle. Caminé sin rumbo unos minutos hasta que la voz dulce de mi ahora exsecretaria me sacó del letargo, con un ademán propio de quien deshace un estado de hipnosis.

—Jefe… exjefe. Nos echaron. ¿Qué vamos a hacer? –preguntó Jimena con un gesto de alivio, casi de felicidad.

—Yo tampoco sé qué voy a hacer. Tomar un trago por lo pronto.

Beatriz calla cuando hace frío

Había cesado ya la lluvia pero el olor a humedad invadía las escaleras y los pasillos de aquella casa fría. Era el mediodía y nadie se atrevía a salir. En este paisaje congelado apareció de pronto, tras el crujir casi ensordecedor de la pesada puerta de madera, la bella, la luminosa niña Beatriz.

Como de costumbre se dirigió al bajo, abrió la portezuela de la pequeña bodega que guarda los implementos de limpieza, y con esa agilidad colocó juntos baldes plásticos, traperas, limpiadores y varios frascos y bolsas de detergentes y desinfectantes.

Tenía la sensación de que sabía que la miraba, el frío cálculo de sus movimientos parecía una pose estudiada:

un cabello negro, corto pero voluminoso, caía sobre su rostro pálido y ella lo ponía de nuevo en su sitio con un ademán sensual y repetido. Tendría quince o dieciséis años, era hija de un inmigrante americano y una mujer colombiana que la abandonó para volver a su país, cuando apenas tenía un año de edad.

Su padre siempre estaba trabajando, entonces la hermosa niña aprendió a hablar muy poco, apenas lo necesario para comunicarse. Su aire enigmático y triste y ese silencio prolongado de su vida la hacían perfecta para protagonizar aquel cuadro de un día frío de mayo en el número 18 de la calle Bonaire.

Estaba adentro pensando en esta aparición, cuando un olor a perfume barato y una voz apagada me trajeron de nuevo al descanso de la escalera del segundo piso.

—Buen día. ¿Me permite pasar por favor?

Era la segunda vez que lo decía, y ahora, intentaba subir la voz casi con rabia.

—Discúlpeme, no la había visto, estaba en otro planeta. Me incorporé y creo que ella sonrío. Volví a sentarme y escuché sus pasos por la escalera hasta llegar al cuarto piso. Desde allí me dijo con un grito leve:

—Voy a mojar la escalera.

Me fui a la calle decidido a esperar a que Beatriz terminara su labor para volver a la casa. Era sábado y el fin de semana la comida es a las cuatro de la tarde, de modo que había tiempo suficiente para dar un paseo, leer el diario, tomar un café y volver.

Regresé a las 3:30. Efectivamente no había rastro de la niña, aunque la escalera estaba deslumbrante. Entré a la casa llamando en voz alta.

—Hola, hola.

No hallé respuesta. En cambio la dulce voz de Beatriz me sorprendió a mis espaldas.

—No hay nadie, doña Carmen me pidió que le preparara la comida.

—¿Y los otros chicos? –pregunté.

—Se han ido con la señora Carmen –respondió.

—¿Ha comido ya?

—No, lo haré en mi casa más tarde.

—¿En dónde vive?

Tardó en responder.

—En el Cabañal, cerca a la plaza, ¿sabe dónde está?

—Sí.